

## HISTORIAS DE LA HISTORIA

Ignacio MARTÍNEZ DE PISÓN

Los escritores que empezamos a publicar a principios de los ochenta huíamos del realismo como de la peste. Supongo que eso tiene que ver con la España de entonces, que todavía conservaba mucha de la mugre del franquismo. No era el realismo sino la realidad lo que estaba desprestigiado. Compartíamos el diagnóstico de Gil de Biedma sobre la más triste de las historias de la Historia. La de España, que terminaba mal, atraía más bien poco, y la fantasía de haber nacido en un país con una tradición democrática consolidada impregnaba muchos de los libros de mi generación, en los que no había ni rastro de la larga dictadura que acabábamos de dejar atrás. O pintábamos una España moderna y cosmopolita que sólo existía en nuestra imaginación o directamente instalábamos a nuestros personajes en una geografía de rango superior con la que fingíamos estar familiarizados: la literatura puede ser una forma como cualquier otra de inventarse una biografía.

Hasta comienzos de la década siguiente ni se me pasó por la cabeza que la Historia con mayúscula pudiera tener cabida en mis historias. Acababa de terminar una novela cuyo protagonista había nacido en la misma época que yo, y sólo después de verla publicada me pregunté por qué algunos de los acontecimientos que más habían marcado mi vida no parecían haber dejado ninguna huella en la de mi personaje. Por ejemplo, el frustrado golpe de estado de febrero de 1981, que sacudió el supuesto «desencanto» de mi generación con la amenaza de devolvernos de un día para otro a un régimen dictatorial y al que, sin embargo, mi protagonista no hacía la menor alusión a lo largo de la novela. Que ese personaje y yo no compartiéramos un motivo de inquietud tan relevante me pareció un claro síntoma de esquizofrenia.

A partir de entonces, la Historia empezó a colarse sigilosamente en mis historias. Yo había nacido en una sociedad y un momento histórico determinados. Lo quisiera o no, era producto de esa sociedad y ese momento histórico, y mis novelas no sólo no debían tratar de ocultarlo sino que tenían la posibilidad de nutrirse de ello. Cualquier reflexión sobre mí mismo llevaba implícita una reflexión sobre mi generación y mi época, y para hablar de éstas debía remontarme a

épocas y generaciones anteriores. La actualidad es siempre producto de procesos históricos complejos que hunden las raíces en el pasado. La Transición (esa Transición de la que todavía formaba parte el 23-F) no podía explicarse sin entender lo que había sido el franquismo, ni éste sin prestar atención a la Guerra Civil, sangriento punto de partida de nuestra contemporaneidad.

A esas alturas estaba ya en condiciones de reconocer en mis novelas una naturaleza realista que no muchos años antes me habría negado a admitir. La tradición del realismo, acaso la más fecunda en lengua española, tiene suficientemente acreditados algunos de los grandes temas de la narrativa universal: por ejemplo, la pervivencia del pasado en el presente o el choque entre los destinos individual y colectivo. La conciencia del propio material narrativo amplía el territorio del novelista. Donde antes había un individuo aislado hay ahora un hijo o un nieto que carga con la herencia de haber nacido precisamente en su familia y no en cualquier otra: ahí el realismo adopta la forma de saga. Y donde antes enfrentabas a un personaje a los problemas que él mismo había creado sitúas ahora un contexto de grandes convulsiones colectivas en el que tus criaturas se esfuerzan por sobrevivir: ahí el ser humano nos revela lo mejor y lo peor de sí mismo, sus dosis de grandeza, mezquindad e impotencia.

Ningún novelista, por portentosa que sea su fantasía, será nunca capaz de imaginar tantas y tan apasionantes historias como las que atesora la realidad. En 2005 hice mi primera incursión en el género de la literatura *non-fiction* con *Enterrar a los muertos*, investigación sobre el asesinato en 1937 del traductor republicano José Robles a manos de sicarios de la embajada soviética en Valencia. En vez de inventar episodios y personajes, tenía que rastrearlos en biografías, libros de memorias y fondos documentales. La frecuentación de archivos (una actividad, por cierto, adictiva) me convirtió en algo así como un historiador *amateur*, y lo más gratificante fue descubrir que, al contrario de lo que ocurre cuando te mueves en el terreno de la ficción, las piezas del puzle encajaban siempre sin esfuerzo y no tenía que preocuparme por la verosimilitud, una categoría que no existe en la realidad. Un acontecimiento, si es verdadero, puede ser extraordinario o peregrino o inesperado, pero nunca inverosímil.

La realidad, además, es más prestigiosa que la ficción. Si hubiera dado un tratamiento de novela convencional a la tragedia de la familia Robles, no me habría resultado sencillo sortear el riesgo de caer en el vulgar folletín: una historia en la que el cabeza de familia es secuestrado y asesinado por estalinistas y su hijo condenado a muerte por militares franquistas, con la viuda y la hija escapando primero de la Guerra Civil y luego de la Segunda Guerra Mundial y el corolario de los amoríos adolescentes de la joven Miggie, cuyo primer amor acabaría siendo, muchos años después, su segundo marido, todo ello aderezado con las apariciones estelares de escritores de renombre internacional como John Dos Passos y Ernest Hemingway... Si con los ingredientes del gazpacho lo más probable es que

te acabe saliendo un gazpacho, con los del *best seller* puede imaginarse lo que saldría: ése era el riesgo que no quería correr.

Había por otro lado consideraciones de orden moral. Al poco tiempo de la desaparición de Robles, el *agit-prop* estalinista se apresuró a poner en circulación calumnias que pretendían poner en entredicho su lealtad republicana y justificar de rebote su asesinato. Al revuelo de los primeros meses siguió un largo silencio en torno a su figura. Republicano asesinado por republicanos, se había convertido en un mártir de nadie porque ninguno de los dos bandos lo consideraba totalmente suyo. Escribir sobre Robles era también una manera de recuperarlo para la memoria colectiva y de restituirle su buen nombre, algo que no suele estar al alcance del novelista y que desborda el eterno debate sobre verdad histórica y verdad literaria.